

Y Gabriela pensaba, cuando su amiga desaparecía:

—¡Se ha enojado por haberse retirado tan pronto! ¡Ha sido poco hábil!

Engañábase la condesa: su amiga Julieta, mientras el carruaje la conducía hacia la calle Matignón, sólo pensaba en aquel hombre «poco hábil,» y sintió una sorpresa casi dolorosa cuando el ayuda de cámara, abriendo la puerta de la sala, dijo:

—El señor conde de Poyanne espera á la señora marquesa.

Ella le había olvidado por completo.

### III

#### El otro.

Nada amaba tanto Julieta como las conversaciones amistosas, largas *causeries* al amor de la lumbre en horas algo solitarias; y este gusto era tan natural en ella, que entonces recibía allí, no sólo al hombre que tenía todos los derechos á su intimidad, sino también á los más platónicos de sus fieles amigos: D'Avançon, Miraut, De Jardes y Accragne, pero siempre aisladamente.

Había en esto alguna prudencia femenina, porque la repetición de tantas visitas diferentes, evitaba los comentarios de los criados.

Ella había adivinado cuánto influye sobre un

hombre, en la vida frívola de París, el encanto de un salón en que se encuentra, á hora fija, una criatura joven, elegante y distinguida, que escucha atentamente y le consuela ó le consulta á su vez.

La señora de Tillières tenía pasión por las confidencias: poseía esa dulce inclinación que, transformada en pedantismo ó en vanidad, crea las Musas ó las Egerias de los hombres célebres, y que, convertida en santidad, hace las grandes religiosas.

El amor había duplicado en ella tan delicioso placer, al cual había debido las horas más dulces de sus relaciones con Poyanne. ¡Cuántas horas había pasado así, en el primer período de su afecto, y antes que ella fuese su querida, escuchándole extasiada contar las miserias de su vida!

Él narraba su infancia melancólica en la obscuridad del viejo hotel Poyanne, en Besançon, muerta ya su madre, y la severidad tan dura de su padre, que le había atormentado toda su juventud; contaba luego su matrimonio con una señorita largo tiempo amada, sus primeros celos, su vergüenza de sus propias desconfianzas, y después la evidencia de la traición; y ¡qué traición!, ¡con el amigo de la adolescencia que él más quería!

Las horas de media noche parecían demasiado cortas á Julieta para seguir aquel drama escena por escena, sentimiento por sentimiento, y luego el duelo entre los dos amigos, en que ambos que-

daron heridos, y la fuga de la señora de Poyanne, y la desesperación del conde, y su vuelta á la vida por la energía del deber, su campaña en 1870 como capitán de los móviles del Doubs, su entrada en la política como diputado á la Asamblea de Burdeos.

Como ciertas organizaciones tienen el instinto, el sentido, el gusto de la música ó de la pintura, de la mecánica ó de la poesía, Julieta tenía el sentido y el gusto del corazón de los demás, facultad encantadora que permite ejercer la más rara de las caridades, la más benéfica, la del alma; pero facultad peligrosa, porque confina con la culpable curiosidad de la experiencia sentimental, y, sobre todo, porque nos arrastra pronto á los compromisos de conciencia, á los dédalos de situaciones falsas.

Julieta no se había formulado nunca esas reflexiones sobre las ventajas y los peligros de su propio carácter, por más que se decía con frecuencia: «¡Soy demasiado débil! ¡Hubiera debido hablar más francamente!», y esto á propósito de cualquier pequeña circunstancia que habría exigido un «¡no!» preciso y desagradable á alguno de sus amigos.

Así, cuando á su regreso del hotel de Candale sintió un leve estremecimiento, un sobresalto, un despertar casi doloroso al escuchar la sencilla frase del criado que anunciaba la presencia del señor de Poyanne, atribuyó tal estremecimiento penoso al miedo de haber desagradado á su amante; y

como reconociese, mientras se la quitaba el abrigo, al ayuda de cámara del conde, de pie en un ángulo de la antecámara, á su pregunta contestó el criado:

—Espero las pruebas del discurso del señor para llevarlas á la imprenta.

—¡Es verdad!—se dijo Julieta.—Me preguntará por qué vengó tan tarde... ¡Cómo que no le he acostumbrado á mostrarle tan poco interés!

La verdad era que semejante visita la desagradaba entonces por la necesidad que experimentaba de continuar el solitario ensueño de su carruaje y de pensar libremente en Casal. ¡Tan profunda era la impresión que había producido en ella aquel hombre!

—Estaréis incomodado, amigo mío—dijo entrando en el saloncito Luis XVI, suavemente alumbrado por la pálida claridad de la lámpara y del fuego de la chimenea.

El conde estaba sentado al *bureau* donde ella le había escrito por la tarde, y cuando la vió, levantóse apresuradamente para besarla en la mano y mostrarla los papeles que cubrían el bufete.

—¿Incomodado?—respondió.—Ya veis que no he tenido tiempo de incomodarme; trabajaba en vuestra casa esperándoos, y vos me perdonaréis, ¿no es verdad? Hemos salido, dulce señora, tan tarde, y tenía que corregir las pruebas para el *Journal Officiel*... Por lo mismo dije á Juan que las trajera á vuestra casa, y muy oportunamente—

añadió con el buen humor que produce el deber cumplido—porque están casi corregidas ya... ¿Permitís?

Y concluyó, volviendo á sentarse, de trazar algunos signos en las márgenes, reunió las cuartillas, metiolas en un sobre y marchó á entregárselas al ayuda de cámara que aguardaba en el vestíbulo.

Todo esto no duró sino diez minutos.

El contraste entre la turbación íntima de Julietta y la serenidad aparente de Poyanne producía á la marquesa una sensación de frío, porque en diversas ocasiones, y desde que su amor empezaba á debilitarse, habíala parecido que Enrique no sentía por ella la misma ternura.

Aproximóse á la chimenea, y poniendo delante del fuego sus diminutos pies, calzados de medias de seda y zapatos escotados, seguía en un espejo con atención los menores movimientos del conde.

¿Por qué otra imagen se interponía súbitamente hasta reemplazar á la de su amante? ¿Por qué vió, en el relámpago de una alucinación, al hombre con quien habia estado en la comida, al «bello Casal,» como Gabriela le nombraba, con su silueta robusta y esbelta, ademanes flexibles y viril semblante, á pesar de su máscara de cansancio?

¡Y he aquí que, borrada aquella imagen en su recuerdo para dejar sitio á la de la realidad, apercibió de nuevo en la luna del espejo al hombre á

quien pertenecía por su libérrima elección desde algunos años antes!

Enrique de Poyanne, entonces de cuarenta y cuatro años, era alto y delgado; naturalmente delicado, las fatigas de la vida parlamentaria sucediendo á las roedoras penas de su juventud habían mermado su robustez; sus hombros, estrechos, se encorvaban un poco por la costumbre de trabajar sentado; su cutis presentaba el color obscuro que indica pobreza de sangre, desórdenes del estómago, existencia sedentaria; había líneas de aristócrata en los rasgos de su semblante y en los ángulos de su cuerpo, dibujado en toda su delgadez por el frac de etiqueta, aunque ya se demarcaba en él una extenuación precoz; la mirada de sus ojos azules, de verdadero azul, leal, y el pliegue altivo de su boca sin bigote eran magníficos, revelando el ardor contenido del sentimiento, una fe profunda, invencible energía de voluntad.

Una mujer no podía rendirse á este hombre sino por las mejores cualidades de ella misma, por el entusiasmo de su elocuencia ó por el apasionado deseo de cicatrizar heridas antiguas; y precisamente esos dos motivos determinaron la rendición de la señora de Tillières.

Pero ahí está el peligro de tales vínculos, fundados solamente en lo romanesco, y en los que la querida ha cedido á la admiración intelectual ó á la piedad del sentimiento: llega una hora en que

la admiración se cansa ó la piedad se entibia, por su misma satisfacción, y entonces la mujer abre los ojos y tiembla de haberse engañado acerca de la naturaleza de su pasión, y ¡ya es demasiado tarde!

Y Enrique de Poyanne, cuando se acercó á ella, aunque Julieta tenía fija en el espejo la mirada de sus claras pupilas, no observó la sombra de amargo pesar que cruza á veces por un alma altiva.

—Habéis trabajado mucho... ¿Queréis que os prepare el *grog*?—dijo la señora de Tillières, volviéndose hacia el conde y acariciándole con su más amable sonrisa.

¿Sonrisas de esa clase pueden ser calificadas de hipócritas, cuando tienen por objeto economizar inútiles penas?

—Con mucho gusto—respondió el conde al ofrecimiento de su amiga.

Y se puso á mirar cómo las delicadas manos de Julieta vertían el agua caliente en un vaso de cincelado platino y después deshacían con la cucharilla los terrones de azúcar.

Estaba la marquesa en actitud adorable, sentada cerca de la mesita, y más parecida que nunca á una pintura al fresco del siglo pasado, con el oro pálido de sus cabellos; sus brazos, sin mangas, ostentaban graciosísimos contornos, finas ondulaciones, y la armonía de la *toilette* negra y rosa con aquel cutis un poco animado por la llama de la chimenea, era tan delicadamente voluptuosa, que el conde,

quizás á pesar suyo, acercóse más á ella, y exclamó:

—¡Qué hermosa estáis hoy, y cuánta es mi ventura al encontrarme á vuestro lado cuando salgo de la dura y árida political

Y hablando así inclinábase para robarla un beso; mas ella, volviendo la cabeza con ligero ademán de impaciencia, dijo:

—¡Cuidado! ¡Sois tan inoportuno, que vais á hacer que eche todo el frasco...

Ella, en efecto, estaba á punto de verter en el *grog* una cucharada de aguardiente, en el segundo en que Poyanne se inclinaba sobre el respaldo del sillón para darla el beso.

Él se alejó en el acto, dominado por una impresión penosa: la del enamorado cuya amada no vibra al unisono de su corazón.

Sin reflexionarlo acaso, y obedeciendo á la instintiva disminución de ternura que experimentaba, Julieta rechazaba la caricia de aquel hombre, á quien, por otra parte, solía acusar á menudo de indiferencia.

Y continuaba preparando la bebida, picando con la punta del cuchillo una rajita de limón, después de haber probado el *grog* con el borde de sus labios.

—¡Ya lo veis!—le dijo ella con acento de reconvencción.—Está demasiado fuerte; habéis hecho que me equivoque, y es menester que os prepare otro...

—No os molestéis—respondió él, haciendo ademán de acercarse.

—Pero ahora—añadió ella—os prohibo que me estorbéis en mi tarea de cocinera...

—Obedeceré—contestó.

Y apoyándose de codos sobre la chimenea, miróla de nuevo, sin que ella prestase atención á su mirada; y entretanto, pensaba en que aquel movimiento de cabeza, al intentar darla un beso, no había sido únicamente un capricho de niña, una coquetería inocente... que le hacía sufrir.

Precisamente había ido á la calle Matignón con el propósito de pedir una cita á la señora de Tilières antes de ausentarse de París para asuntos electorales de mucha urgencia, y desde aquella retirada de cabeza ante su beso era incapaz de formular tal deseo. ¡Timidez apasionada que habría hecho sonreír á cualquier héroe de galanterías (Casal, por ejem lo) si alguna confidencia le hubiese iniciado en aquella entrevista del conde y de Julieta!

Ésta se acercó después á Poyanne, llevando en la mano derecha un platito blasonado y en la izquierda el vaso del *grog* ardiendo, y le dijo:

—Espero que ahora estará á vuestro gusto. ¡Pobre amigo! ¡Tenéis un aspecto desolado! Estoy segura de que la sesión ha sido borrascosa. ¿Quién os ha decidido á hablar? Porque ayer dudabais todavía...

La pregunta de su amiga, dándole pretexto para conversar de otros asuntos, alivió demasiado su malestar, y Poyanne respondió largamente.

—Lo que me ha decidido á hablar es el eterno ultraje de egoísmo que se lanza sobre mi partido. ¡No! No dejaré nunca que se diga, sin mi protesta, en una Asamblea francesa de que yo sea miembro, que nosotros, monárquicos y cristianos, carecemos del derecho de lamentarnos de los males del pueblo... De Sauve acababa de interpelar al Gobierno sobre la horrible *grève* del Norte y la represión que se ha hecho, y un orador de la mayoría respondió con malignas frases acerca del antiguo regimen, como si ciertos progresos de que se envanece nuestra época no se hubiesen hecho, más rápidos y más definitivos, sin la carnicería de la revolución, sin las hecatombes del Imperio, sin la revolución de Julio y sin la Commune... Ya conocéis mis ideas: las he proclamado una vez más, sintiendo que la izquierda de la Cámara se estremecía con la evidencia de mis argumentos y aclamado por mis correligionarios... ¿Y para qué? ¡Ah! Los escritores de nuestros días, que presumen de pintar todas las melancolías, no han descrito nunca la tristeza del orador que combate por una doctrina en la que cree con el alma de su alma, y luego sus partidarios le aplauden como á un artista, un *virtuoso*, sin que de sus palabras pueda germinar una sola acción... En la derecha y en la izquierda toda la vida política se reduce hoy á intrigas de pasillos, á combinaciones de grupos que son miserables, y con ellas pierden á Francia. ¡Esto

lo he dicho una vez más! ¡Y vanamente, sí, vanamente!...

Y Poyanne iba y venía á lo largo del saloncito, y Julieta sabía que el acento de su voz no engañaba, porque conocía con qué fervor de convicción Enrique de Poyanne había abrazado su causa, su esperanza invencible de operar la unión de las dos Francias, obra frustrada del siglo, por medio de una monarquía que se apoyase á la vez en el derecho tradicional y en el sentido íntimo de los problemas modernos.

Pero era mujer, y, como tal, desde el día en que su amante había comenzado á cansarla de su cariño, tan nobles ideas comenzaron también á cansar su espíritu.

Así es, que dijo en el momento en que el conde cesó de hablar:

—Todo eso está muy bien... Pero, entretanto, ¿no pensáis algo en vuestra amiga?

—¿Que si pienso en vos?—replicó él con cierta melancólica sorpresa.—¿Pues por quién deseo ardientemente que mi nombre sea ilustre? ¿Dónde busco energía para sufrir tantas amargas decepciones?

—¡Ah! ¡Sabéis responder! Pero, ¿queréis que os demuestre que hoy habéis pensado poco en mí?

—¡Demostradlo!—dijo Poyanne, deteniéndose asombrado.

—Pues oid: ni siquiera me habéis preguntado con quién he pasado la *soirée*.

—¿Pero no me habéis escrito—repuso él ingenuamente—que comiais en casa de la señora de Candale?

—¿Y allí no hay más que ella?—contestó Julieta, presa del demonio de la curiosidad, que impulsa en ciertos momentos á las mujeres más buenas á excitar los celos de un hombre hablándole de otro.

—¿Está incomodada conmigo porque tardo en visitarla?—preguntó el conde, sin hacer caso de aquella coqueta insinuación.

—¡Por ningún concepto!—contestó la señora de Tillières.

Y añadió en seguida, aparentando indiferencia:

—Pues he comido allí al lado de una persona que vos conocéis.

—¿De quién?—preguntó Poyanne.

—Del señor Casal—dijo ella, mirando el efecto que producía en el rostro del conde el nombre del antiguo amante de la señora de Corcieux.

—¿Cómo, la señora de Candale tiene semejantes amistades?—dijo Poyanne con una convicción que á la vez divirtió é irritó á Julieta.—Sin duda se la ha impuesto su marido, porque Candale y Casal son tal para cual... Y siquiera este último, por su existencia de *bookmaker* y vividor, no deshonorá uno de los grandes nombres de nuestra historia...

—Pues—interrumpió Julieta—os afirmo que he charlado muy agradablemente con él.

—¿De qué?—preguntó Poyanne.—Porque debe de haber cambiado muchísimo si habéis podido sacarle una frase que no revele sus aficiones de gari-to y de cuadra... ¡Vamos, apenas he tenido que sufrir su conversación en casa de los Corcieux, y la de los cuatro ó cinco camaradas suyos que aquella pobre Paulina invitaba para hacerle compañía!

—¿Luego ella le amaba mucho?

—¡Oh! ¡Locamente!—replicó el conde con singular amargura, en la cual se encontraba el grado de severidad dolorosa que guarda contra las historias de adulterio un hombre engañado por su mujer.—¡Locamente! Y siempre fué un misterio horriblemente triste para mí la pasión de aquella encantadora criatura por ese fatuo... Y el marido es espiritual, distinguido, instruido, y adoraba y sigue adorando á su mujer Paulina... He dejado de visitarlos porque sufría demasiado, por Corcieux y por ella misma. ¡Desgraciada! ¡Bien castigada ha sido! Porque parece que Casal es de una dureza cruel...

—Pues, sin embargo, esta noche ha hablado de ella con tacto exquisito—dijo la señora de Tillières.

—¿Pero debía siquiera pronunciar su nombre?—dijo el conde.

Reinó silencio entre los dos amantes: la joven se arrepentía ya de haber mencionado á su vecino de mesa, porque era muy sensible para ella no de-

plorar la pena impuesta á quien ella creía amar con amor... Y el conde, en la manera con que Julieta acababa de hablar de Casal, no había observado sino una prueba del placer que disfrutó su amiga en la reunión, y sin él; placer que le parecía inocente...

El reloj dió las doce.

—Vamos—dijo Poyanne con un suspiro.—Ya es hora de despedirme de vos. ¿Cuándo os veré?

—Cuando queráis—respondió Julieta.—¿Queréis venir mañana á comer con mi madre y mi prima De Nançay?

—Con mucho gusto—dijo, y añadió algo turbado.—¿Sabéis que tal vez tenga que dejaros pasado mañana por cuatro ó cinco semanas?

—No, nada me habíais dicho.

—Hay dos elecciones en estos días, y se me llama en el distrito.

—¡Siempre la maldita política!—dijo ella sonriendo.

El la miró de nuevo con mirada en que ella no leyó, ó no quiso leer, una pregunta que los labios de aquel hombre apasionado no formularon.

—¡Adiós!—dijo Poyanne con voz más turbada.

—Hasta mañana—contestó Julieta—á las siete menos cuarto... Venid un poco antes.

Y cuando la puerta se hubo cerrado, la marquesa permaneció largo rato sola, de codos sobre la misma chimenea, delante del espejo que reprodu-

cía hasta un momento antes la imagen de Poyanne.

¿Por qué el recuerdo de Raimundo Casal vino á deslizarse entonces en su mente? ¿A qué idea respondía ella, diciendo en voz alta antes de llamar á su doncella:

—¿Es que no amo ya á Enrique?

#### IV

##### Los sentimientos de un vividor.

Mientras Julieta se acostaba haciéndose tal pregunta, y mientras Poyanne se dirigía á pie hacia su domicilio de la calle de Martignac, cerca de la iglesia de Santa Clotilde, acusándose de no saber agradar á su amiga, ¿qué hacía Raimundo Casal, aquel hombre cuya aparición súbita entre los dos amantes constituía el más temible peligro para la ventura del uno y para las laxitudes morales de la otra?

Había salido del hotel de Candale persuadido de que agradó á la señora de Tillières, y bien pronto, para que no le lisonjeara tal impresión; pero su primer movimiento cuando se vió en la acera de la calle de Tilsitt, bien envuelto en su abrigo de noche y aspirando reciamente el aire fresco, no fué, por cierto, pensar en el delicado perfil de la joven viuda.

¡Sólo más tarde habría de conocer la profundidad del abismo en cuyo borde había tocado!

¿Pero quién se conoce por completo? ¿Quién puede decir que mañana estará alegre ó triste?

Casal, harto de sensualidad satisfecha, con amistades escogidas y doscientas cincuenta mil libras de renta, debía creerse, y se creía, al abrigo de toda sorpresa novelesca.

Su alegre risa de niño, aquella risa que revelaba algunas de sus cualidades agradables, habría respondido á cualquiera que le hubiese manifestado que precisamente su mismo hastío, sus mismas satisfacciones agotadas le hacían á propósito para una crisis sentimental.

Pero él no conocía á mujeres de la especie de la señora de Tillières: esta era tan peligrosa para él, como él lo era para ella; mas con la diferencia de que la viuda era capaz de más profundo, más mortal amor, y la pasión de Casal tenía más probabilidades de no ser sino un capricho, gozando del amor por la intensidad del deseo.

¡No se tiene impunemente en la sangre y en la médula diez y ocho años de libertinaje!

Pero aspirando á plenos pulmones el aire de la noche, cuando él bajaba á lo largo de los Campos Elíseos con su pesado pie de maestro de esgrima, en lo que menos pensaba era en aquel capricho; y si la imagen de Julieta se le aparecía, estaba envuelta en un laberinto de pensamientos.